

Retrats

CLARA OBLIGADO¹

Azucena Villaflor, la madre del pañuelo blanco²

Azucena Villaflor, the woman with the white headscarf

...golpeamos a todas las puertas y nadie asume la responsabilidad de tener a nuestros hijos...solamente nos limitamos a pedir verlos, saber dónde están. Eso ya calmaría la angustia que destroza nuestros corazones...

Carta de las Madres de la Plaza de Mayo al Dr. Illia.

Hay una cierta paradoja en el hecho de que Azucena Villaflor, que entraría en la historia por su función materna, resultara inscripta, en 1924, como nacida sin madre. De hecho, no fue reconocida por la muchacha de quince años de origen alemán que la dio a luz, sino por su joven padre, quien anotó el nacimiento de la niña en el registro del partido de Avellaneda, una zona obrera de Buenos Aires que aún no alcanzaba a ser ciudad. Cumplida la legalidad, la recién nacida fue llevada a casa de sus abuelos y pasó a formar parte de una familia ampliada compuesta también por tíos y sobrinos.

Azucena creció, pues, viendo más de lo que vería cualquier niña de un medio tradicional. Allí había hombres que no trabajaban y mujeres que mantenían la casa, una tía dedicada al teatro, otra que le oficiaba de madre. Su educación, en esta circunstancia, estaba en manos de distintas mujeres de

¹ Escritora

² Por regla general, la sección de *Retrats* siempre la hemos dedicado a una mujer que todavía estuviera viva, sin embargo, los matices de la existencia o de la no-existencia son sumamente difusos, cuando, en determinadas circunstancias, se transforman en criterios imposibles de definir. Asimismo, tendríamos que preguntarnos dentro de qué categorización entran las mujeres «desaparecidas», aquellas que todavía siguen vivas en la esperanza de quienes las buscan, aunque su silencio suene a helado eco de firme Adiós. Con el retrato de Azucena Villaflor, y pese a que sólo hace un año que sabemos que fue asesinada décadas atrás, pretendemos prolongar ese aliento de vida que violentamente fue eliminado de la propia existencia, pero que, en modo alguno, ha de serlo de nuestra memoria colectiva dotada, hoy, con más fuerza que nunca, de claras señas de identidad [Anotaciones de *Jordi Luengo*].

la familia que actuaban con roles variables. Pero las tensiones entre la familia de acogida y la natural fueron creciendo hasta que por fin, a los quince años, Azucena fue reconocida por su madre biológica quien rehizo la partida de nacimiento para que constara su nombre y se la llevó a vivir con ella.

Este hecho, positivo en parte, tiene también su lado duro, ya que la nueva situación frustra los proyectos de estudio de Azucena, cuya educación concluirá con la enseñanza primaria. Así comienza a trabajar con quince años y lo hace como obrera en una fábrica de vidrio. Más tarde, como telefonista en Siam, se afilia a la Unión Obrera Metalúrgica. Como es propio en la época, Azucena deja el empleo casada, con un embarazo de seis meses: le corresponde a ella la casa, a él conseguir el sustento.

Pedro Carmelo de Vicente era el nombre de quien le daría, por fin, un hogar estable; obrero, peronista de filiación, tuvo que acompañar a su novia a bautizarse antes de la ceremonia. Así vino una nueva vida, en la vivienda alquilada en Lanás. La pareja abandonó la fábrica para llevar adelante el proyecto independiente de un almacén que no funcionó y que los dejó más pobres de lo que eran. Para entonces tenían dos hijos y vendrían dos más, eran una pareja clásica, donde ella no podía salir con zapatos vistosos sin molestar a su marido o donde la militancia estaba excluida. Eran, también, una pareja bien avenida, dispuesta a compartir lo que viniera.

A fines de 1962, los De Vicente logran, por fin, comprar un terreno y, en los años '70, todo parece encauzado: el hijo que estudia arquitectura, la casita de material y una flota de tres camiones de transporte de combustible que sostiene a la familia. A Azucena poco tiempo le queda para pensar en otra cosa que en su familia. En fin, un ama de casa corriente, según la recuerda su hija Cecilia: *«me llevaba a estudiar música y a bailar folclore y armábamos un conjunto y ella nos llevaba con mi hermano más chico que tocaba bien la guitarra, nos acompañaba. También la recuerdo cuando se iba con mi papá de la mano, los martes o los miércoles, se iban juntos al cine, como novios, comían pizza, porque los domingos eran familiares. Mi vieja se reía, se divertía con las anécdotas de los hijos, y siempre estaba la casa abierta por si había algún problema...»*.

En este período, como en tantos otros hogares, hay jóvenes que militan en política. En esta familia, cuyo único proyecto ha sido hasta el momento salir adelante con esfuerzo y criar a los hijos, Néstor, el segundo, el estudiante universitario, modifica el clima de las reuniones y en las cenas hay debates y controversias.

Para entonces, ya Uruguay y Chile, los países limítrofes, han sufrido dos sangrientos golpes militares. En Argentina, en los años 75 y 76, los padres de estos jóvenes temían por el futuro de sus hijos, por su seguridad, no eran ciegos ante el clima de violencia y represión que flotaba en el continente y más en el Cono Sur. El escritor Mario Benedetti definió estos años como *Un tiempo en el que los padres entierran a los hijos*.

¿Cómo era Azucena entonces? Cecilia continúa: «No pudo estudiar más que la primaria por problemas familiares pero cuando mis hermanos, que son diez años más grandes que yo, hicieron el secundario, ella estudió a la par. Sabía inglés, por ejemplo. Y nunca lo había estudiado, sabía geografía. Tenía ganas y tiempo, y pudo hacer cosas que le interesaban. Creo que eso le abrió mucho la cabeza y le permitió pensar que hacía falta hacer algo para saber qué había pasado con los hijos de todas».

En la madrugada del 24 de marzo de 1976 se produce en el país el pronosticado golpe miliar y las desapariciones militantes o de personas relacionadas con la política, que ya se habían desencadenado, arrecian. La mayoría son jóvenes. El último día de noviembre de 1976 uno de los llamados «Grupos de Tareas» se dirige a la casa donde vivía Néstor de Vicenti con su compañera, Raquel Mangin. A ella la retuvieron. Luego esperaron tranquilamente la llegada de Néstor y, cuando ésta se produjo, los detuvieron a ambos. Aparentemente, la denuncia provenía de los vecinos, que declaraban ver grupos de gente o reuniones a horas extrañas. Azucena se enterará de lo sucedido días más tarde: llegó a saber que ambos habían sido golpeados, pero supo también que se los llevaron vivos. «La desaparición de mi hermano hizo que mi mamá tomara fuerzas de no sé dónde y saliera a la calle. Y entonces el cambio en mi casa se notaba en que antes, al mediodía, me esperaba a mí siempre con la comida y después te dejaba las cosas hechas. Nosotros veníamos muy mal acostumbrados, porque antes ella lo hacía todo. Mi mamá era un ama de casa, siempre estaba, siempre nos esperaba, siempre nos iba a buscar, nos acompañaba, y yo de verdad creo que ella pudo plasmar su verdadero yo con la búsqueda de mi hermano. La desaparición de un hijo debe de ser algo tan terrible... Todo tiene que cambiar mucho, y ella tenía todo esto para hacer y no pudo mantener un modelo de mujer antiguo, le cambió la cabeza, la mujer que ella fue después nace con la desaparición de mi hermano».

Con la búsqueda de su hijo comienza la segunda vida de Azucena Villaflores. Los días, antes tan idénticos entre sí, ahora no tienen horas suficientes para golpear las puertas: recorre hospitales, comisarías, regimientos, morgues. Nadie le responde nada. Presenta *habeas corpus*, escribe una carta que presenta en el Ministerio del Interior, propia de una madre que aún no comprende la verdadera situación, y en ella pide que la ayuden a averiguar el paradero de su hijo y de su novia, que no tenía familia que la reclamara. *Ruego a Uds. que quieran ayudarme en esta triste circunstancia*, concluye. No sabe aún el alcance de la violencia desencadenada por el gobierno, no sabe aún que su ardua peregrinación apenas ha comenzado.

Poco a poco, con la mayor dureza, la atónita Azucena va tomando contacto con otras familias que buscan a sus hijos, con otras madres que, como ella, recorren oficinas en las que nadie parece saber nada. De sus hijos, podría decirse que se los tragó la tierra; no sólo no reciben respuesta en los organismos oficiales, tampoco la prensa se hace eco de las desapariciones. Pero todos saben

lo que está pasando, no es raro ver por la ciudad carros militares en los que se llevan a un joven con los ojos vendados, no son puntuales los tiroteos por las noches ni los registros inesperados, los cortes de calles. Todos saben, en cada barrio, del caso de algún joven al que «se llevaron» y del que no se ha vuelto a hablar. Se intenta crear una cortina de humo hablando de «auto exilados», de «arrepentidos», pero las familias repiten que sus hijos, en su mayoría jóvenes universitarios, han desaparecido. Y en una de esas colas interminables a las que acuden los padres desesperados, en el obispado, o en los juzgados y comisarías, una señora, indignada, se levanta de pronto y grita que ya está bien, que en las entrevistas, dice, sólo se intenta sacarles información, que a nadie parece importarle el paradero de los muchachos. Así recuerda Pepa Noia, otra Madre, ese momento: *«Ella se paró en el medio del salón y con voz fuerte dijo “señoras, nosotras, en vez de estar acá, tendríamos que ir a reunirnos en la Plaza de Mayo, como hicieron nuestros mayores, a reclamar”. La gente, enseguida, dijo que sí, cómo no. Y lo hicieron el 30 de abril, porque había que elegir un día»*.

Es una acción dictada por el sentido común, pero también por la valentía y la desesperación. Sobre este hecho, en apariencia sencillo, comenta también Aída Sarti, del mismo movimiento: *«Siempre pienso y me estremezco con la idea de que a ella se le ocurrió decir esa frase, si no hubiera dicho eso, tal vez las madres no hubiéramos existido»*. Y luego comenta cómo llegó ella misma a ponerse el pañuelo blanco que sería el emblema de la organización: *«una mujer me dijo (en una dependencia donde se hacían trámites para buscar a los hijos) “me voy, me voy, que las madres me esperan en la Plaza”. ¿Qué madres, le dije yo? No me esperó. La seguí hasta Plaza de Mayo, ahí vi unas cuantas madres sentadas y la policía ya se había dado cuenta de que allí pasaba algo extraño. Estaba Azucena. Lo que no habían pensado los militares es que se les iba a presentar un movimiento de madres, tampoco nosotras, lo que pasó fue tan terrible que salimos a la calle a buscar»*.

Así comenzaron a tomar contacto, a intercambiar teléfonos, a acompañarse. ¿Y qué hacer en esta Plaza, se preguntaron muchas? *«Nada, nada especial, aunque sea sentarse, conversar, y ser cada día más»*. Y Azucena, en aquellos tiempos tremendos, lo repetía en voz alta, bien clara, en los distintos lugares en los que se citaba a los familiares de desaparecidos.

Catorce fueron las mujeres que dieron forma a la primera reunión en la Plaza de Mayo, con los meses se convertirían en la organización Madres de la Plaza de Mayo. ¿Y qué pasó durante este primer encuentro? *«Éramos poquitas»*, recuerda una de ellas, *«cada una, a su turno, se presentó, dijo cómo se llamaba y contó cuándo y de qué forma habían secuestrado a su hijo»*. Pepa Noia describe a Azucena: *«Tenía un don, un don que poca gente tiene, era muy buena, se fijaba en todo, no lo comentaba, era muy luchadora. Parecía que se daba cuenta cuando alguien precisaba algo, no lo decía, pero trataba de ayudar. A una le compró hasta zapatos, y hacía estas cosas, como también pagarte una comida, siempre sin llamar la atención»*.

Tenía un corazón de oro». La organización será tan amplia que estas sencillas amas de casas tendrán grupos en cada zona y madres ocupadas de informar y coordinar lo que sucede en cada región.

Pero, de momento, hagan lo que hagan las madres, la Junta militar no está preocupada por ellas: no son más que un grupito de mujeres que pide una entrevista en la Plaza de Mayo, a las puertas de la casa de gobierno. Llegó una entrevista, no con el presidente Videla, sino con el general Harguindeguy, quien les dijo que probablemente sus hijos estaban en otro país, dedicándose, acaso, a la prostitución. Más alto no pudieron llegar.

La insistencia, que sería su mayor arma, no perdió vigor. A partir de aquellas primeras reuniones, todos los jueves las madres se encontraban en la Plaza y comenzaban a hacer planes. Primero buscaron audiencias con personalidades que pudieran apoyarlas, luego pensaron en cómo llamar la atención del periodismo internacional para que su caso fuese reconocido en el exterior forzando así que las autoridades argentinas reconocieran las desapariciones. A todo llegaron conversando, intercambiando ideas. Al principio sólo se reunían allí, conversaban, hasta tejían. Luego, la policía empezó a empujarlas, a pedirles que «circularan» con el pretexto de que, como había estado de sitio, el derecho de reunión estaba suspendido. Así comenzaron a hacer lo que harían durante años: caminar, girar en torno a la pirámide de Mayo, colocada en el centro de la Plaza. Y en cada vuelta, semana tras semana, nuevas mujeres se sumaban a la marcha. No caminaban juntas porque las uniera una ideología o una convicción abstracta, marchaban juntas unidas por el dolor.

Pese a esta situación, pese a una actividad a veces frenética, nada cambia demasiado en casa de Azucena. Así recuerda su hija, Cecilia de Vicenti: *«Éramos una familia tradicional. A pesar del dolor, a pesar de la angustia, mi mamá a la noche estaba siempre. Llegaba tarde y se ponía rápido a cocinar y, a las nueve, todo estaba como si no hubiese pasado nada»*.

Las Madres se organizan, tienen asambleas, construyen una red comunicativa. Son casi todas amas de casa, pero aprenden a moverse en la clandestinidad, burlan a los represores. Militan y cuidan de sus nietos, presentan *habeas corpus* en avalancha de forma que bloquean los Tribunales. Las cartas que van a diferentes instituciones pidiendo ayuda llevan todas un mismo remitente: la dirección de la casa de Azucena.

En octubre de 1977 las madres comenzaron a cubrirse con pañales blancos la cabeza para reconocerse entre ellas, y también como símbolo de lo que les habían quitado. Fue en una peregrinación a Luján, cuando se preparaban para escuchar una misa. Y allí, a la hora de comulgar, la primera madre dijo en voz muy alta: *«por la aparición de mi hijo desaparecido»*. El sacerdote retrocedió, y no le dio el sacramento: estaba poniendo frente a los ojos de gran parte de la sociedad argentina lo que no quería ver.

Y así fueron aprovechando cualquier oportunidad para hacerse oír, camufladas para llegar hasta la prensa extranjera, desesperadas, impresionantes. Gritaban algo contra lo que nadie se puede enfrentar, que es connatural a cualquier ser humano: «Queremos nuestros hijos, ¿dónde están?» Y a esta súplica incuestionable se sumarán más tarde las abuelas, que reclamarán a los nietos nacidos en cautiverio, nietos cuyos padres no aparecerán jamás.

No fue fácil el día a día de estas mujeres. Como recuerda Pepa Noia, además del peligro y los sinsabores, a pesar de los malos tratos que recibían día tras día cuando reclamaban a sus hijos, las tensiones hicieron que muchos matrimonios se separaran: «La mayoría de los maridos nos echaba la culpa de lo que pasaba y se sentían abandonados, se quejaban de que estábamos en otra cosa. Pero nosotras no podíamos ni acostarnos tranquilas. Nos preguntábamos cómo estarían nuestros hijos, tirados, muertos de frío, sin tener una manta para taparse...».

Azucena ideó que la causa fuera defendida sólo por mujeres, de las que no importaba filiación política o religiosa. Pensaba que los hombres sumarían peligros, perderían la paciencia, que no serían capaces de aguantar tanto como ellas y que, en definitiva, les era más fácil moverse así, en su condición de madres. Las mujeres, pensaba, podían soportarlo todo, volvían, siempre volvían, y por eso los militares comenzaron a llamarlas «las locas».

La situación será cada vez más difícil para estas valientes mujeres, locas de dolor. Si bien se suman los que apoyan el movimiento, cada vez es más intensa la persecución. El momento más duro se producirá cuando padecen la infiltración de un agente de la dictadura, Alfredo Astiz, un torturador apodado «el ángel de la muerte». Comenta Aída Sarti: «no nos dimos cuenta, venía con una chica, muy bonita, menuda, rubia, que en realidad estaba presa y desaparecida y él la traía. Ella no hablaba. Lo protegimos, él estaba en la plaza siempre y se pegaba a Azucena. Dijo que tenía un hermano desaparecido».

La primera arremetida fuerte contra ellas ocurre en la Iglesia de Santa Cruz, donde las madres se han reunido para recabar fondos destinados a publicar una solicitada en el periódico conservador *La Nación*, en la que piden que se esclarezca la situación de sus hijos. Ante un hecho que hacía público lo que el gobierno intentaba mantener en silencio se pagará un alto precio: muchas madres son detenidas y, con ellas, dos monjas francesas que se han sumado a sus reclamos. Aída Sarti recuerda así ese momento: «Para sacar la solicitada de *La Nación* Azucena nos dividió a todas, un grupo recogía firmas, otro estaba en *La Nación*, yo estuve desde las 11 de la mañana a las 6 de la tarde, cada vez que lo pienso digo, qué locura, porque estaba vigilada, nadie sabía lo que le pasaba a la otra, las distintas acciones en las que estábamos repartidas. La presentamos a mano, a última hora, con todo el dinero que nos costaba y que habíamos juntado, pero como estaba a mano no nos la querían recibir, así que nos fuimos al Ministerio de Economía donde conocíamos a gente y allí, en el sótano, los empleados la pasaron a máquina, y logramos

meterla justo para que saliera el 10 de diciembre».

Ese mismo día, Azucena se reunió con Aída y se fueron juntas a casa de la primera. Aída la vio muy nerviosa, miraba mucho por la ventana. «*Qué te pasa, le dije, a vos te pasa algo, ella ya sabía lo de Santa Cruz, que se habían llevado a esas madres y a las monjas francesas, pero no me lo quiso decir*».

Poco más tarde, el Gobierno francés enviaba a su diplomacia a interesarse en el tema. La solicitada costó varias vidas, pero con ella el tema de las desapariciones dejaría de ser un secreto y la edición del periódico atravesó las fronteras.

Azucena Villaflore no llegará a conocer el alcance de este hecho, no sabría nunca que la frontera del silencio había sido quebrada por fin. A la mañana siguiente, muy temprano, salió a hacer la compra y a buscar el periódico para ver el texto que, con tanto trabajo, había visto la luz. Para entonces, Astiz había hecho su trabajo y la fueron a buscar. La vieron tirarse al suelo, vieron cómo tironeaban de ella hasta meterla en un coche. Luego, no vieron más. Tenía más de sesenta años y su hijo había desaparecido hacía un año y medio.

De los meses que siguieron a su desaparición recuerda su hija: «*El primer año mi papá tenía la expectativa de que ella llegara en cualquier momento. Un día me dijo: "No hay carne en la heladera". Yo le contesté que acabábamos de comer, y él siguió: "Pero sos una irresponsable, si aparece tu mamá, ¿qué le vas a dar?" Yo supe pronto, internamente, que no iba a volver. Lo que era más grave aún, si volvía, se iba a sentir muy mal porque mi hermano no había vuelto*».

Como para tantos otros familiares de desaparecidos, no fue fácil para Cecilia hacer el duelo por todo lo que le estaba sucediendo, no tenía ni el derecho de reconocer su dolor, un silencio incitado por el miedo la obligaba a callar: «*no digas ni una palabra de lo que pasa en casa*», le decía su padre, asustado. Por fin, un día, en el colegio, comienzan a hablar en clase de derechos humanos, en un país en el que no se respetaban y la niña, luego de dos años de silencio, saltó: «*Empezamos a hablar de los habeas corpus, de los derechos humanos y le dije a la profesora: "es mentira" "¿cómo que es mentira?, usted es una irrespetuosa". "No", continuó la muchacha, "los derechos humanos acá no se respetan, el habeas corpus no existe, cuando uno pregunta por una persona ellos dicen que no saben nada y, sin embargo, los tienen desaparecidos, los torturan". La profesora era sobrina de Galtieri³, me enteré muchos años después. Mis compañeros se dieron vuelta, y el "por algo será", se oyó por todos lados, exceptuando a un grupo chiquito. Yo lloraba y les contestaba*».

A Azucena la vieron en la siniestra Escuela de Mecánica de la Armada, para entonces un centro de detención clandestino, y se dice que fue brutalmente golpeada. Una detenida recuerda haber conversado con ella: «*Me dijo que no le*

³ Miembro de la Junta militar argentina durante la dictadura y Presidente del país durante los años 1981-82.

importaba lo que le pasara porque no tenía nada que perder. ¡Demostraba tener una fuerza!»

En su casa su marido seguía esperando: «*Mi padre tenía expectativas. Le habían dicho que para Navidad iban a soltar a la gente que se habían llevado de la iglesia Santa Cruz. Después le dijeron: "Bueno, para fin de año". "No, no, para febrero, porque en el país se mueven menos cosas". "Para pascuas". Él siempre encontraba a alguien que le decía que para alguna fecha determinada podía ser*». Pero pasaron los años y la única respuesta que la Junta Militar Argentina dio al tema de los desaparecidos fue la del silencio.

Para su hija, tres son los adjetivos que califican los tiempos que siguieron a la desaparición de su madre: dolor, angustia y terror: «*Nunca tuviste la posibilidad de ver el cuerpo, nunca tuviste la posibilidad de llorar un cuerpo. Eso para mí es entrar en un tren fantasma del que nunca vas a salir, nunca vas a salir. Hay una parte dentro de uno que es oscura, que no se cierra y que no se aclara. A lo mejor me podría aclarar un poco más el hecho de saber un poco más qué pasó después. Si estuvo en la ESMA⁴, cinco días, diez días, si sufrió tortura, o la mataron de un tiro, si tuvo un ataque al corazón, o murió en una sesión de tortura y después la enterraron en tal lado... Eso cerraría un poco más, entonces los culpables y los responsables son éste, éste y éste. Sólo sé que estuvo en la ESMA. Y ahí tampoco se sabe hasta dónde es verdad lo que cuentan y hasta dónde aparece una cuota de fantasía. Y sin embargo, se sabe que los militares llevaban un registro. ¿Dónde está todo eso? Por lo menos si pudiese ser un poco menos negro, un gris más claro...».*

Con palabras como fortaleza y perseverancia se puede calificar a las protagonistas de esta historia. A ellas se sumará la conciencia de que «Nunca más» y, a los 20 años del golpe militar, el movimiento «H.I.J.O.S.», constituido por los huérfanos de los desaparecidos. Hoy la sociedad argentina, en su conjunto, repudia estos hechos, y el acuerdo sobre la necesidad de defender los derechos humanos es casi unánime.

En el año 2005 los restos de Azucena Villaflor fueron identificados junto con los de Léonie Renée Duquet, una de las monjas francesas desaparecidas. La otra, Alice Domon, todavía no fue encontrada. Azucena estaba junto a dos madres, en una fosa marcada con el cartel «NN-masculino». Los cuerpos, analizados por el Equipo Argentino de Antropología Forense, mostraban fracturas propias de alguien que ha sido lanzado desde lo alto, probablemente contra el mar. Así se supo que Azucena encontró el fin en uno de los siniestros «vuelos de la muerte» en los que los detenidos, muchas veces drogados, agonizantes acaso, eran subidos en aviones para ser arrojados contra el río. La corriente, más piadosa que los torturadores, la había depositado en la playa.

⁴ Escuela de Mecánica de la Armada convertida en un centro clandestino de detención y tortura por donde pasaron parte de los 30.000 desaparecidos que hubo durante la dictadura militar.

Algunos meses más tarde, por el deseo de su hija, sus cenizas fueron esparcidas en la Plaza de Mayo, donde una placa recuerda su memoria.

Alguna vez Azucena Villaflor dijo a sus compañeras: «*si me pasa algo, ustedes sigan*». Las Madres de Plaza de Mayo, las abuelas, continúan hoy la búsqueda de los niños, hijos de desaparecidos, robados a sus padres y entregados por la dictadura en adopción. Muchas han muerto o son muy ancianas, otras permanecen como testimonio de lo que no debe ser olvidado. Pese a la violencia con la que se quiso acallar su voz, no serán borradas por la historia: a lo largo de todo el mundo otras madres, inspiradas por ellas, siguen su ejemplo.

Recibido el 23 de mayo de 2006

Aceptado el 2 de julio de 2006

BIBLID [1132-8231(2006)17: 231-239]